



NÚMERO 49

AÑO II

PERIÓDICO QUINCENAL INDISPENSABLE PARA LAS FAMILIAS, ILUSTRADO CON PROFUSION DE GRABADOS EN NEGRO Y FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS,
patrones trazados en tamaño natural, modelos de labores de aguja, crochet, tapicerías, etc.

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL

Los que deseen suscribirse únicamente al periódico EL SALON DE LA MODA, por anualidades, semestres ó trimestres con pago anticipado deberán regirse por la siguiente nota de precios:
EN ESPAÑA, un año, 80 reales.—Seis meses, 32 reales.—Tres meses, 18 reales.—EN PORTUGAL, un año, 3000 reis.—Seis meses, 1600 reis.—Tres meses, 800 reis.—Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes

SUMARIO

TEXTO.—Explicacion de los suplementos.—Descripcion de los grabados.—Revista de Paris.—Ecos de Madrid.—La página 115 (continuacion).—Pensamientos.—Pasatiempos.

GRABADOS.—1. Traje de comida.—A 2. Traje de recepcion.—3 á 6. Encaje ruso.—7. Encaje Richelieu.—8. Puntilla de ganchito.—9. Sombrero Señora.—10. Capota Parisiense.—11. Sombrero Margaret.—12. Sombrero Lady.—B 13. Visita Olivia.—C 14. Abrigo de mal tiempo.—15. Redingote visita.—16. Visita Viola.—17. Traje de casa.—18. Traje de recepcion.—19 á 21. Bolsa para labor.

HOJA DE PATRONES número 49.—Corpiño Carmen.—Visita Olivia.—Abrigo de mal tiempo.

HOJA DE DIBUJOS número 49.—Veintitres dibujos variados.

FIGURIN ILUMINADO.—Trajes de visita.

EXPLICACION

DE LOS SUPLEMENTOS

1. HOJA DE PATRONES número 49.—Corpiño Carmen (grabado A en el texto); Visita Olivia (grabado B en el texto); Abrigo de mal tiempo (grabado C en el texto).—Véanse las explicaciones en la misma hoja.

2. HOJA DE DIBUJOS número 49.—Veintitres dibujos variados.—Véanse las explicaciones en la misma hoja.

3. FIGURIN ILUMINADO.—Trajes de visita.

Primer traje.—Gran pelliza czarína, compuesta de una falda de otomano negro de rayas gruesas, sobre la cual caen unos faldones de terciopelo negro labrado. La espalda, las mangas y el delantero del corpiño son del mismo terciopelo. Una ancha tira de piel de zorro de Rusia forma cuello y cae por delante hasta el borde del

vestido. Las mangas están guarnecidas de la misma piel. Unas ricas aplicaciones de pasamanería adornan en su nacimiento el lazo-puf de moaré negro. Capota de terciopelo rubí, guarnecida de plumas de color de rosa.

Segundo traje.—Falda lisa con listas moradas de faille y terciopelo. Túnica de faille beige recogida con elegancia á modo

de puf. Manteleta-visita de terciopelo y faille beige. El delantero, las caídas de hechura de albornoz y la espalda son de faille beige. Las mangas y las haldetas, forradas de color de cereza, están adornadas, lo mismo que el pecho, de bordados de terciopelo color de nutria y oro. Las mangas, las haldetas y las caídas están rodeadas de madroños. Capota de terciopelo beige, adornada de lazos del mismo color y guarnecida debajo del ala con un encañonado de faille morado. En el lazo, colocado en forma de penacho, van clavadas unas agujas de oro. Bidas de faille morado. Guantes de Suecia grises.

DESCRIPCION

DE LOS GRABADOS

1.—TRAJE DE COMIDA ó DE REUNION, de seda brochada de color de rosa y encarnado sobre fondo crema y terciopelo rubí. Falda brochada, fruncida en la cintura y ligeramente drapeada por detrás de las caderas debajo de la cola, que es de hechura de manto de corte y de terciopelo rubí. Esta falda está almenada en el borde y las almenas caen sobre un volante de encaje plegado; por delante, delantal Watteau de encaje. Corpiño de brochado adornado por detrás con un corazon de terciopelo sobrepuesto y terminado en manto de corte, montado con dos anchos pliegues y formando cola muy larga. El delantero está adornado con una drapería-chal de encaje, con presillas en forma de V, de terciopelo de color de rubí. Cuello Médico, hombreras, bocamangas y cinturón que es continuacion de las haldetas cortas, de terciopelo rubí. Un pequeño adorno de bellotas de seda rubí, guarnece el cuello, las hombreras y las bocamangas. Collar bizantino, con medallón de esmalte. Grupo de flores en el pecho. Guantes de Suecia de color crema, de once botones.

A 2.—TRAJE DE RECEPCION, de terciopelo



1.—Traje de comida

A 2.—Traje de recepcion

verde y faille azul pálido. La falda es de terciopelo verde musgo oscuro. La túnica drapada y la drapería del puf son de faille azul pálido. Uno de los lados de la túnica está adornado con guarniciones bordadas, sobre seda azul pálido festoneada de color verde musgo. *Corpiño Carmen*, con punta por delante y faldon encañonado por detrás, también de faille azul; este corpiño va adornado de terciopelo verde musgo y un peto del mismo terciopelo. La falda está fruncida por delante y forma quilla Margarita á un lado: la drapería de detrás está montada formando gruesos pliegues y cae recta. Mangas estrechas con largas hombreras ondeadas y bocamangas de terciopelo verde musgo. Cuello y puños de encaje.

3 á 6.—PUNTILLA RUSA HECHA CON HORQUILLA.

Materiales: Hilo de color encarnado turco. Horquilla de nickel. Torzal azul oscuro. Dos ganchitos adecuados á los hilos.

Hágase un trozo de cenefa triple del largo de 8 grupos de 3 anillos cada uno. La franja triple se hace poniendo tres anillos en la regla ó parte ancha de la horquilla y uno solo en la varilla ó parte estrecha. El primer anillo grande se hará como de costumbre; el segundo volviendo la horquilla de izquierda á derecha, para pasar la lana detrás del anillo de la separación; el tercero, volviendo la horquilla de derecha á izquierda, quedando entonces este instrumento como debe estar para hacer la cabeza. Síguese haciendo ésta como de costumbre, y cuando se llega á los tres anillos grandes, se cogen los tres de abajo arriba, para reunirlos con una media brida (véase el grabado n.º 6).

Cuando se han hecho 8 grupos de anillos se suspende la labor, y con una aguja se pasan con limpieza al papel *serpente* los dos cabos del hilo y se cortan (*primer detalle, grabado n.º 3*). Unase el torzal azul al primer grupo de anillos y háganse 7 puntos de cadeneta. Sujétese con un punto apretado el grupo siguiente: otros 7 puntos de cadeneta y así sucesivamente hasta que se hayan unido todos los grupos (*segundo detalle, grabado número 4*). Háganse 7 puntos de cadeneta para ir á encontrar los anillos, media brida en cada uno de los anillitos; y dése vuelta á la labor. Hágase media brida picada en el primer anillito; 7 puntos de cadeneta; 7 medias bridas sobre otros 7 puntos de cadeneta; 7 medias bridas sobre los 7 puntos siguientes; 4 medias bridas; 1 trébol (es decir 3 piquillos de 4 puntos reunidos en una misma malla); 3 medias bridas. Háganse del propio modo en las dos cadenetas siguientes: 7 medias bridas sobre 7 cadenetas, y otras 7 medias bridas sobre las 7 últimas cadenetas. La onda quedará entonces terminada, cuando se tenga el número requerido, y se las reúne con una costura de ganchito, haciéndose dos vueltas de ganchito en la parte superior de la onda, una de ida y otra de vuelta.

7.—ENCAJE RICHELIEU para sabanilla de altar ó abrigo de niño. Para hacer este encaje se emplea un bordado de trencilla Renacimiento, hecho sobre una moleskina ú otra clase de tela, siguiendo lo indicado en el dibujo. Los calados se hacen con la aguja á punto de encaje ó de diversos calados.

8.—PUNTILLA DE GANCHITO.—Esta puntilla se hace al través; las onditas de las puntas se componen de siete bridas consecutivas, cada una á caballo sobre un mismo agujero. Se puede aumentar ó disminuir el ancho de esta puntilla haciendo más ó menos vueltas en cada punta. Muy ancha es de muy buen efecto para cortinajes, colchas, etc.

9.—SOMBRERO SEÑORA, de fieltro de color de castaña, forrado de terciopelo del mismo color y guarnecido de terciopelo de color de paja, con penacho del mismo matiz, adecuado al terciopelo del adorno. La drapería es de terciopelo de color de castaña.

10.—CAPOTITA PARISIENSE, de azabache, guarnecida con lazos y bridas de terciopelo de color de canela. El penacho y la cabeza de lechuza son de azabache negro con los ojos de color de naranja.

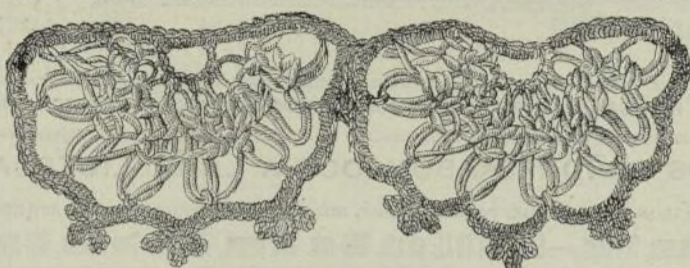
11.—SOMBRERO MARGARET, de fieltro gris, forrado de terciopelo de color de ciuella morada. Los adornos de la copa y las conchas son también de terciopelo morado y grupo de plumas grises de dos tonos.



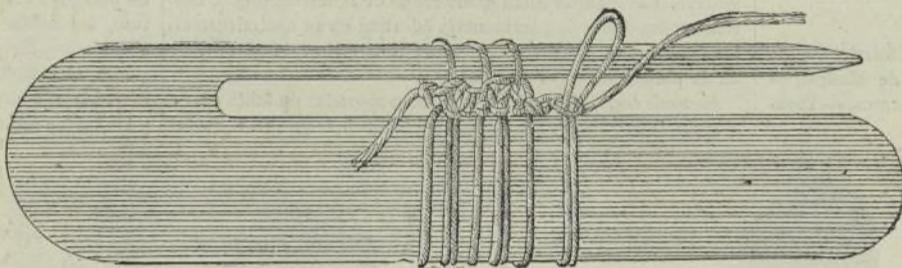
3.—Primer detalle de la puntilla rusa



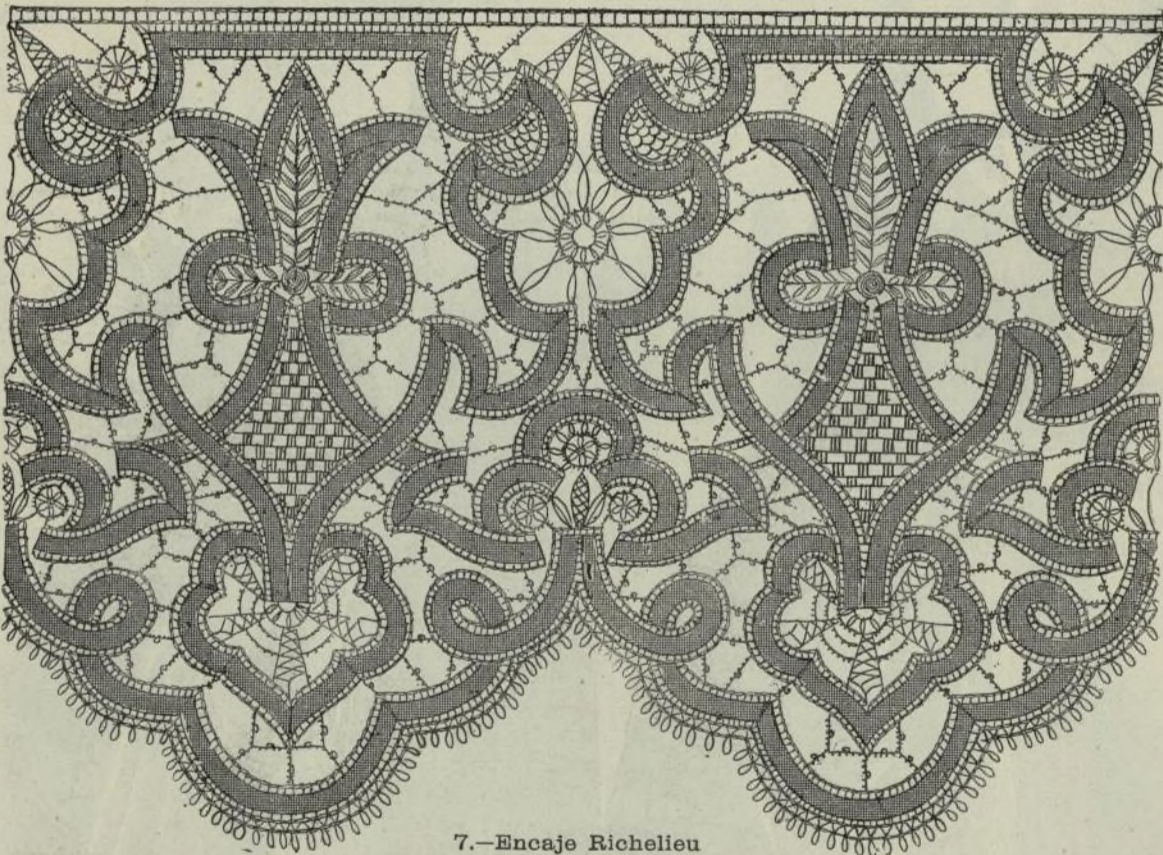
4.—Segundo detalle de la puntilla rusa



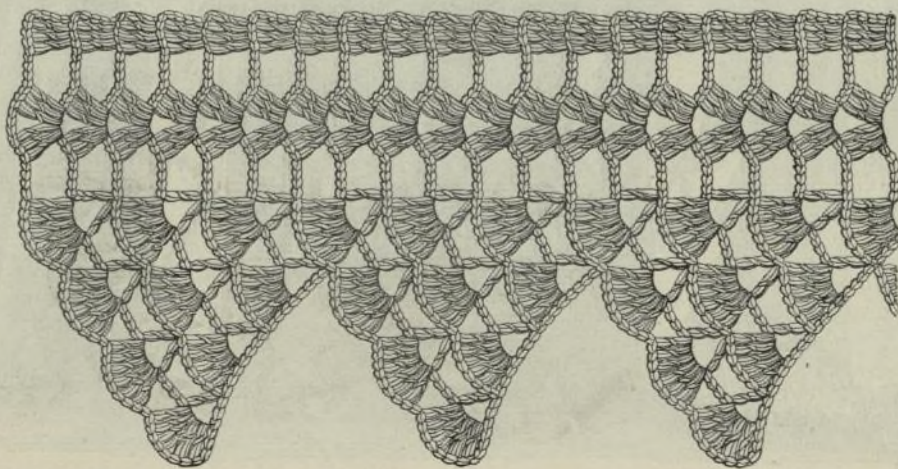
5.—Puntilla rusa hecha con horquilla



6.—Principio de la puntilla rusa en la horquilla



7.—Encaje Richelieu



8.—Puntilla de ganchito

12.—SOMBRERO LADY, de fieltro encarnado capuchina oscura, con el ala levantada por el lado izquierdo y forrado de terciopelo del mismo color. Una elegante drapería de felpa de color de tórtola va colocada arrugada alrededor de la copa. Penacho de plumas de tórtola de dos tonos.

B 13.—VISITA OLIVIA, de paño de fantasía oscuro, forrada de seda de color de cereza. Esta confección va abrochada á un lado formando peto militar. Cuello de astrakan. Mangas visita, con bocamangas de astrakan. La espalda forma haldeta plegada, siendo 15 centímetros más larga que el delantero. Sombrero de fieltro gris acero, forrado de terciopelo azul oscuro y adornado de faille y terciopelo gris y azul.

C 14.—ABRIGO DE MAL TIEMPO, de impermeable inglés, forrado de seda encarnado viejo. La peregrina y los delanteros del abrigo están adornados con un ancho galon de moaré del mismo color. La falda va plegada por detrás, la peregrina está sujeta en la cintura con un broche de pasamanería, de donde sale un lazo de moaré ó de faille gris. Sombrero de terciopelo labrado de color de alelí, guarnecido con plumas grises y encajes.

(Los patrones del Corpiño Carmen, de la visita Olivia y del Abrigo de mal tiempo están trazados en la hoja n.º 49 que acompaña á este número.)

15.—REDINGOTE VISITA, de faille de color de tierra. Las mangas y los faldones son de otomano bordado de color beige claro sobre fondo tierra. La espalda, el delantero y las vueltas son de terciopelo color de tierra más oscuro, así como el borde de las mangas y el cuello. Varias aplicaciones de pasamanería adecuadas. Sombrero de faille beige, guarnecido de plumas y cintas del mismo color; el ala y el forro son de terciopelo de color de tierra oscuro.

16.—VISITA VIOLA, de otomano grueso negro, guarnecida de astrakan negro. La peregrina, las bocamangas y las solapas son adecuadas. Esta visita, forrada de seda y blandamente enguatada, constituye una prenda de bastante abrigo, para señorita ó señora joven. No puede darse nada más gracioso para hacer lucir un talle esbelto, permitiendo ver al mismo tiempo el traje. Capota de terciopelo de color de amaranillo, guarnecida con plumas y bridas de color beige.

17.—TRAJE DE CASA PARA SEÑORITA.—Falda redonda, plegada alrededor, formando anchos pliegues planos por delante; de paño de dama gris polvo. Corpiño-blusa de la misma tela, con cinturón con hebilla. Botones de acero bronceados y broche de plata vieja en el cuello. Lazos de surah de color de cereza en las mangas.

18.—TRAJE DE RECEPCION.—Falda de seda tornasolada azul y oro, guarnecida con conchas de encaje color crema, cayendo desde la cintura hasta el borde de la falda y separadas un poco entre sí para dejar ver el fondo de la falda. Un ancho lazo de la misma tela azul y oro levanta la haldeta fruncida de encaje del corpiño que es en parte también de encaje y en parte de seda azul y oro. Por delante, la parte de seda está colocada á manera de tirantes como en la espalda. Mangas Sarah, de encaje, anchas, muy fruncidas en el hombro y terminadas en un volante. Cuello

recto de seda azul y oro.

19 á 21.—BOLSA PARA LA LABOR bordada con calados sobre tela. Los dibujos representados en los números 20 y 21, son dos modelos de tamaño natural, para una bolsa pequeña, los cuales se harán con bordado á punto de calado sobre tela. Para montar esta bolsa, tómese un trozo de raso de 16 centímetros de ancho, por 40 de largo, sáquense los hilos de la tela que se coloca sobre el raso y fórmense los calados tomándolos de los modelos. Adórnense los espacios que quedan, que son mates, con un bordado de punto de lanza con seda azul; un biés de raso con piquillo lo guarnece alrededor y el bolsado del centro forma los dos bolsillos destinados á guardar la labor. Dos asas de seda y dos botones cierran la bolsa, y dos bellotas de seda azul adornan los dos extremos.



EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon, Editores

BARCELONA

II. N.º 49

Para tener hermosos los dientes y no padecer de la boca, úsese el Elixir y los polvos de Mentholina dentífica que prepara el D.º Andreu de Barcelona y que se venden en las principales boticas y perfumerías de España y de América.



REVISTA DE PARIS

¿De qué otra cosa podré ocuparme en esta revista sino del acontecimiento que, á pesar de los días trascurridos, sirve todavía de tema á las conversaciones en los círculos y salones parisienses, y del que he indicado algo en mis anteriores correspondencias? La resonancia que ha tenido, no tan sólo en este país, sino en los extranjeros, el casamiento de la princesa María de Orleans con el príncipe Valdemaro de Dinamarca; la trascendencia que, desde el punto de vista político, tiene este enlace en sentir de los que á la política se dedican; la solemnidad de que se ha revestido el acto; la asistencia al mismo de un número tan crecido de príncipes, princesas, magnates y altos personajes como no se había visto reunido de muchos años á esta parte; la riqueza, buen gusto y esplendidez de los regalos de boda, y por último las simpatías que en general inspiran los nobles desposados, han dado abundante asunto para que los periódicos ocuparan multitud de columnas en describir la historia, magnificencias y esperanzas de tal himeneo, hasta con detalles más de una vez nimios y pueriles.

El corto espacio de que puedo disponer, por una parte, y por otra la índole especial de estas revistas me aconsejan descartar de todos estos detalles cuanto no sea interesante para mis lectoras, y consagrar exclusivamente mi correspondencia de hoy á comunicarles en breves palabras cuanto ha llegado á



10.—Capota Parisiense

La princesa Czartoriska llevaba una levita de estilo Luis XV, de terciopelo amarillento, abierta sobre una falda de terciopelo de Génova, bordada de perlas y de largos agremes.

La princesa Blanca de Orleans parecia más rubia y más blanca que nunca con su vestido de terciopelo dahlia sonrosado, con draperías de lo mismo.

Las princesas Amelia, Elena y Margarita de Orleans, reunidas en torno de la recién casada, parecían encerrarla en un círculo de zarza-rosas, flor nacional de Dinamarca.

Omito la descripción de otros trajes, aunque con verdadero sentimiento, pues los había tan riquísimos como llenos de buen gusto y de originalidad.

Después de las ceremonias religiosas, la comitiva, formando una procesion deslumbradora, se trasladó á la galería de los Guisas, donde se había preparado un *lunch* de 150 cubiertos. A la mitad de él, el príncipe de Gales se levantó y brindó á la salud de los recién casados. Entonces se levantaron á su vez todos los convidados, y el conde de Paris respondió al brindis del príncipe de Gales, dando las gracias á los demás príncipes por haber acudido á su invitación. Mientras tanto la recién casada había mandado que trajeran á su prima, la princesa Luisa, de tres años de edad, y habiéndola puesto de pie en la mesa, la princesita bebió gravemente su copa de Champagne á la salud de los príncipes.

Al final del *lunch* se sirvió el «pastel de boda», ceremonia de origen inglés. La desposada se levantó, cogió un cuchillo, y se dispuso á partir el pastel, que, enviado de Londres, era una obra maestra del arte de pastelería, pero obra maestra un tanto dura, porque la princesa María tuvo que valerse de las dos manos, y aún así no hubiera conseguido hincar el cuchillo en el famoso pastel si su esposo no hubiera acudido en su auxilio.

Poco después de terminar el banquete, la dichosa pareja



9.—Sombrero Señora

La reina Luisa de Dinamarca, sonriente y conmovida, llevaba un vestido de terciopelo castaño dorado, adornado de blondas y sombrero del mismo color.

Su hija la princesa de Gales ostentaba un traje de estilo Renacimiento, guarnecido de bordados sobre raso azul pálido, y con sombrero azul de Roy con penacho azul pálido.

La condesa de Paris iba vestida de púrpura color, de dos tonos, es decir, de un terciopelo sombreado que pasaba desde el matiz claro del encarnado cardenal al tono suave de la rosa de China. Falda de cola, de faldones rectos y separados, entre los cuales se veía un bordado de cuentas de los colores de la tela. Corpiño, que en realidad era una coraza, de cuentas que brillaban como rubíes.

La duquesa de Chartres, madre de la novia, encerraba su esbelto talle en un corpiño de gruesa seda blanca, brochado de zarza-rosas, de tonos de oro y cobrizos, y guarnecido de tiras de marta cibelina. Falda de cola de la misma seda blanca, sembrada de zarza-rosas, recogida sobre una falda inferior de felpa color de cobre. En la cabeza, broche de perlas y piedras preciosas.



12.—Sombrero Lady

mi noticia acerca de la nupcial ceremonia, extendiéndome un tanto en lo que se refiere al *trousseau* y á los regalos de boda.

Celebróse esta á la una de la tarde del 22 de octubre anterior en la capilla del castillo de Eu, capilla de tan exiguas dimensiones que apenas caben en ella veinticinco personas, por lo cual la mayor parte de la comitiva tuvo que esperar en los salones contiguos antes de desfilarse por el gran vestíbulo. El vice-rector de la universidad católica de Paris dió la bendición nupcial á los novios, y terminada esta ceremonia, el cortejo se puso en marcha con aquellos á la cabeza, encaminándose á un salon de la planta baja donde el pastor danés Jentzen los bendijo también con arreglo al rito luterano, pues el príncipe Valdemaro es protestante.

En ambas ceremonias, la princesa María, ideal de gracia y donosura, llevaba un vestido de raso blanco de gran cola cubierta de blondas Chantilly, y un gran velo de encaje, recuerdo de la duquesa de Orleans, sujeto á la cabeza con un ramito de flores de azahar. En el cuello, lazo de encaje que formaba por delante dos caídas con ramitos de las mismas flores en el nacimiento del corpiño, en éste y en la falda. En el hombro izquierdo un adorno en forma de cruz rodeada de un círculo y sujeta con una cinta azul. En la mano un gran ramo blanco, presente de la oficialidad del regimiento de cazadores de guarnición en Rouen, del cual fué coronel en otro tiempo el duque de Chartres, padre de la desposada.



11.—Sombrero Margaret

partía para el castillo de San Fermin, propiedad del duque de Chartres.

He descrito ya ligeramente el traje de boda de la princesa María, pero como un casamiento casi regio como este trae consigo la confección de otros trajes y adornos, los obligados regalos de boda, y todos esos esplendores inventados por el genio de los artistas y la imaginación de las mujeres, paso á ocuparme de unos y otros.

La duquesa de Chartres ha querido escoger por sí misma todas las partes integrantes del *trousseau* de su hija, y su modista Mlle. Vignon ha ejecutado, bajo su inspiración, una infinidad de difíciles primores, á cuyo exámen y contemplación fueron admitidas las damas de la más alta aristocracia francesa, y por cierto que era un espectáculo entretenido el ver á esas parisienses dar vueltas en torno de los trajes de moaré, de blondas, de felpa, acercándose á ellos un poco conmovidas como aficionados que estudian cuadros de los primeros maestros, y profiriendo exclamaciones de sorpresa y admiración. Lo que más les llamó la atención fué que todas las faldas eran planas, sin esa horrible prominencia que tanto motivo ha dado á justificadas burlas, y que harán entrar la moda en una vía nueva, que la hará menos ridícula.

Procuraré dar una idea de algunos de estos trajes.

El del casamiento civil se componía de falda de felpa azul Báltico, que es un color azul con reflejos verdes más bajo que el azul pavo real. Sobre la falda lisa se entreabría una túnica de seda rayada del mismo azul Báltico, de cuyo género y color era también el corpiño. Sobre este corpiño una chaquetita ó torera de felpa Báltico, que no llegaba á la cintura y estaba llena de agremes del matiz de la felpa. Capota fruncida de felpa Báltico, forrada de terciopelo dorado y sujeta con bridas estrechas del mismo terciopelo.

Traje de contrato.—De seda rosa, cubierta de crespon adiamantado rosa de Bengala; la túnica levantada con lazos de terciopelo-rosa.

Traje de viaje.—De paño de color de plata oxidada, falda sencilla con plegaditos: la túnica formada de pliegues que se cruzan.

Traje de paseo.—De terciopelo gris raton, recogido en forma de túnica sobre una falda del mismo terciopelo, pero con listas muy finas de oro y azul pálido. Corpiño de terciopelo liso con dos largas solapas que partiendo del hombro llegan hasta la cintura. Estas solapas se abren sobre un peto de surah azul turquí a plieguecitos, como la pechera de una camisa de hombre, con un cuello-corbata, también de surah.

Traje de comida.—Una deslumbradora falda de terciopelo rubí claro lisa. Corpiño semi-descotado, muy ceñido, sin ningún adorno y con la manga hasta el codo. Grupo de plumas rubíes en el hombro y en la cabeza, mezcladas con chispas de diamantes. La hechura de este vestido requiere un talle absolutamente ideal.

Traje de visitas.—De tafetan tornasolado, color de pervinca rosa. Falda de pliegues. Túnica del mismo tafetan. Corpiño de color de pervinca rosa con el peto, las vueltas de las mangas y el cuello de color de ciruela.

Cuatro trajes de soirée: uno de color azul plateado, con falda de moaré, media cola de lo mismo y crespon de la China, bordada de dos tonos; túnica de este crespon; corpiño azul luna, abierto sobre una pechera de perlas finas teñidas de azul pálido: collar ceñido, de las mismas perlas.—El segundo traje es aún más vaporoso: es de raso blanco; falda de tul blanco de larga cola; delantal de raso blanco brochado de flores de plata, y guarnecido de un encañonado de blonda de plata. Corpiño descotado, adornado de esta misma blonda. Mangas cortas formadas de un lindo encañonado de blonda de plata.—El tercero es un vestido *Ofelia*, de tul color de caña sobre raso del mismo matiz. En la falda un gran ramo de nenúfares; corpiño adornado de tul cruzado á modo de fichú y de punta larga.—Por último, el cuarto está hecho expreso para llevarse con un collar ceñido de esmeraldas y diamantes, regalo de la duquesa de Chartres.

El traje de luto de corte se compone de falda de moaré; túnica de damasco negro guarnecida de grandes aplicaciones de pasamanería llenas de azabaches. Dos corpiños, el de día entreabierto sobre una camisola plegada de surah negro, con adornos de azabache y cuentas de madera: el de noche, forma Wateau, resplandeciente de galones de azabache.

Otro traje de comida consiste en falda de raso color de perla, cubierta con un tejido blando y sedoso de crespon indio sembrado de flores de loto color blanco crema. Corpiño Luis XV de punta fina y con larga guarnición de raso blanco en forma de chal. Manga hasta el codo, terminada en un biés de raso blanco.

Como no es posible describirlo todo, terminaré por el traje de presentación en la corte, que es una obra maestra. Se compone de falda de raso blanco, bordada de rosas, claveles y azulejos de plata, con una cola manto de corte de tres metros de largo, de brocado blanco, brochado de rosas de plata, y al rededor de tan soberbio manto, una doble hilera de plumas blancas salpicadas de plata. Corpiño de punta bordado por delante de finas combinaciones de claveles, rosas y azulejos de plata. En los hombros una hilera de plumas blancas y plata, y en el pecho un grupo de las mismas plumas. Figúrense mis lectoras á la blonda princesa esplendorosa de diamantes y blanca como las plumas de su traje, y digan si no parecerá un hermoso cisne cubierto con sus alas.



B 13.—Visita Olivia



C 14.—Abrigo de mal tiempo

15.—Redingote visita

Pasemos ya al capítulo de los regalos de boda, aunque estos son tantos que su enumeración ocuparía columnas enteras, por lo cual sólo haré mención de los principales.

Uno de los más admirados ha sido el del duque de Aumale, consistente en un raudal (*rivière*) de diamantes que habían pertenecido á la duquesa.

El duque de Chartres ha dado á su hija todo un aderezo de flores de brillantes. La flor que sirve de penacho es soberbia.

La princesa de Joinville le ha ofrecido un magnífico collar de perlas y el príncipe una vajilla de plata artística de tan difícil trabajo que en su elaboración se han tardado dos meses.

La duquesa de Montpensier que, juntamente con su esposo, asistió á la boda, á pesar de lo que se dijo en contrario, ha regalado á su sobrina un brazalete con treinta y tres brillantes admirables.

La baronesa viuda de Rothschild dos joyas de coleccionistas, esto es, dos aguamaniles de Sèvres de portentosa ejecución.

El baron Edmundo de Rothschild ha hecho á la princesa María un presente de delicadeza exquisita. Seis semanas antes de la época fijada para la boda encargaba á su jardinero de Armainvilliers que reuniese la más bella colección de orquídeas que fuese posible. El jardinero ha recorrido Inglaterra, Escocia, Holanda, Bélgica, etc., para adquirir en los invernaderos de estos países las plantas pedidas de antemano por telégrafo, y en el día prefijado, un canastillo monstruoso lleno de estas flores preciosas y rematado en ligeros bambúes adornados con cintas de raso blanco llegaba á Eu, empaquetado con minucioso esmero, en una caja colocada en un wagon especial, y trasportada con todas las precauciones posibles por cuatro jardineros á una habitación del castillo. Esta rara flor, cuya floración normal no empieza hasta dentro de algunos meses, carece de olor, pero sus variedades y colores son infinitos. Calcúlase en muchos millares de francos el valor de este regalo, por cuanto las mismas plantas en macetas hubieran costado cinco mil duros!

La reina Victoria ha enviado á la desposada un medallón de diamantes con sus cabellos.

Cinco damas de nuestra nobleza la han presentado una imagen de la Santísima Virgen con el niño Jesús en los brazos: esta imagen es de plata, de un metro de altura, y está incrustada de perlas, turquesas, zafiros, etc.

Abanicos riquísimos, de variados varillajes y preciosas pinturas, cofrecillos de ricos metales y afiligranadas cinceladuras, estatuas, muebles de preciosas maderas, brazaletes, agujas, relojes, copas y jarrones, pilas para agua bendita, juegos de te ó de café de valiosa porcelana y caprichosas labores, portamonedas, sellos, devocionarios, espejos, centros de mesa, todo lo ha puesto á contribución la nobleza francesa para ofrecer un recuerdo de cariñosa simpatía á la amable princesa que si por los lazos de himeneo pertenece de hoy más á otra patria, nunca dejará de ser seguramente digno vástago de la casa de Orleans, y á fuer de tal francesa de corazón mientras su corazón no cese de latir.

..

La extensión con que he debido ocuparme de un acontecimiento, que á la verdad no se repite con tanta frecuencia que no merezca dedicarle algunas líneas más de lo acostumbrado para otra clase de asuntos, me priva de espacio para indicar algo acerca de las innovaciones de la moda en esta quincena; pero bien considerado, ¿qué más podría decir acerca de trajes y adornos si en lo que llevo escrito casi no me he ocupado de otra cosa? Dejaré pues para la próxima revista las indicaciones que hoy omito, y únicamente daré cuenta de una cruzada contra los sombreros

que se está levantando en varias naciones extranjeras y que amenaza hacerse extensiva á la nuestra.

La iniciativa de esta cruzada ha partido del teatro imperial de Viena, y en el imperial de San Petersburgo se ha fijado un aviso en lenguas rusa, alemana y francesa rogando á las damas que se presenten sin sombreros en los palcos, butacas y galerías. En el nuevo teatro de Fiume se ha puesto en los corredores un aviso concebido en estos términos: «Se ruega cortésmente á las señoras que ocupen asientos de platea que dejen sus sombreros en el guardaropa.» Parece que muy en breve se tomará igual medida en el teatro de la Scala en Milan.

La verdad es que las señoras no deberían esperar estos avisos, y teniendo en consideracion los gestos y contorsiones que obligan á hacer á las personas que ocupan una localidad detrás de la suya si quieren ver, no ya toda, sino una reducida parte de la escena, harian muy bien en suprimir sus monumentales sombreros, al ménos para estas ocasiones.

Prescindiendo de *La Doctora*, comedia en tres actos de P. Ferrier y E. Bocage, que se ha estrenado con bastante buen éxito en el teatro del Gimnasio, el acontecimiento teatral de la quincena ha sido el estreno de la comedia de magia *Le Petit Poucet* en el teatro de la Gaité. Como era de esperar, su éxito ha sido tal que si la empresa ha invertido cerca de dos años en sus preparativos, nada de extraño tendria que sus representaciones durasen dos años consecutivos.

Las mutaciones escénicas y las decoraciones que aparecen en sus treinta y dos cuadros y de las cuales me ocupé con alguna extension en mi anterior revista, han producido el más sorprendente efecto, en especial la de la selva de los niños perdidos, combinacion del arte del maquinista enteramente nueva y que se separa de cuanto hasta el presente se habia visto. A medida que el Pulgarito trepa al árbol, el espectador se hace la ilusion de que trepa con él, porque el árbol se hunde gradualmente con toda la selva y todos los personajes, y cuando el niño, llegado á la copa, ve una lucecita á lo lejos, el espectador la ve tambien por encima de las confusas copas de los árboles en las lejanías de un paisaje nocturno, iluminado por los relámpagos de un cielo tempestuoso. El Pulgarito baja en seguida de su observatorio, y el público baja con él, es decir que la selva vuelve á subir con los seis hermanos agrupados al pié del árbol. Es una ilusion óptica de rarísimo efecto.

La comida del Ogro, que devora de una sentada enormes manjares, como un bombero con su casco, una normanda con sus zuecos, etc., causa tambien una ilusion que se asemeja á la realidad, pues al paso que va comiendo, su vientre se abulta hasta el punto de que parece que va á reventar. Esta hinchazon artificial se obtiene mediante una bolsa de goma que el actor lleva debajo de su traje y que se llena de aire con un fuelle, de suerte que el paciente puede llegar á creer que se convierte en un globo próximo á remontarse al espacio.

El bombardeo del Fuerte de acero por el ejército y la escuadra del Pulgarito, con que termina la comedia, es un efecto pirotécnico de bombas luminosas de todos colores, hechas de papel de una composicion particular que se inflama espontáneamente al llegar al fin de su trayectoria parabólica. Este bombardeo, así como el baile de los Cuentos de hadas, el desfile del Palacio de las Botas y la Corte de las criaturas, han excitado en el público una explosion de entusiasmo.

La obra se ha presentado con minucioso esmero, y todos, actores, cantantes, bailarinas, pintores, maquinistas, y hasta los comparsas de toda edad



16.—Visita Viola



17.—Traje de casa

18.—Traje de recepcion

y sexo han desempeñado su cometido con emulacion y aún pudiera decirse que hasta con cariño. El papel de protagonista se ha confiado á una niña de doce á trece años, Biana Duhamel, que lo desempeña como una consumada artista.

Repito, pues, que el *Petit Poucet* contará por llenos sus representaciones, y estas por centenares.

Una ingeniosa frase de Verdi para terminar.

El célebre compositor acaba de cumplir setenta y cuatro años, con cuyo motivo se ha celebrado una fiesta en su hermosa posesion de Busseto. Despues de las felicitaciones que le dirigieron los circunstantes, hablóse naturalmente de su futura ópera *Jago*, siempre esperada y aplazada siempre. Por desgracia para el arte, Verdi declaró que no creia terminar su obra; y como le dirigieran afectuosas reconvenciones por ello, contestó:

—No, no; es empresa temeraria la de querer cantar los celos á la edad en que ya no se tiene el derecho de sentirlos.

ANARDA

ECOS DE MADRID

Cómo empieza y cómo acaba. — Carreras de caballos. — Inauguracion del Real. — Los entreactos. — Un poco de historia. — *Roberto il diavolo*. — Ayala. — Notas en verso. — En Apolo. — *La escuela de las coquetas*. — Resurreccion gloriosa de un actor. — Música por las tardes. — Un académico de verdad. — El dia de difuntos. — Don Juan Tenorio.

Esta quincena, que empezó alegre en el hipódromo con el ¡hurra! del jockey, ha terminado tristemente en los cementerios con el salmo del sacerdote.

Las carreras de caballos y el dia de difuntos.

El movimiento y la inercia.

La vida y la muerte.

En el medio de estos dos extremos, en el cual debe consistir la virtud y al cual por consiguiente nos atenemos, el Real ha abierto sus puertas, Apolo ha inaugurado sus funciones, y hemos festejado con banquetes y veladas á los ilustres exploradores portugueses señores Capello é Ivens.

No hemos perdido, pues, enteramente el tiempo.

Poca cosa podemos decir de las carreras de caballos.

Si no fuese porque las hemos visto anunciadas en los carteles, hasta ignoraríamos que se habian verificado.

¡Tan poco simpático es este género de sport entre los madrileños!

Las tan decantadas carreras han sido, pues, este otoño, lo que fueron en la pasada primavera, lo que serán siempre en esta tierra de toros y garbanzos: una fiesta de familia, una funcion casera á la intemperie.

Nada de público verdadero, nada de entusiasmo popular.

Ni el sol quiso mirarlas con buenos ojos.

En cambio las nubes se encargaron de regar la pista.

El régio coliseo es el teatro más lujoso del mundo. Cada año, al inaugurarse la temporada, parece más grandioso, más bello, más elegante y más animado que el año anterior.

Aventájanle, entre los de ópera, el de París por la escalera y el foyer, el de Londres por la distincion y severidad, el de Viena por el confort y el esmero, los de Milan y Nápoles por los palcos y antepalcos: pero ninguno de estos teatros supera al nuestro en el fausto de buen gusto que en el ornato de su sala se ostenta; y todos le son inferiores en el número y calidad de sus cantantes, pues aquí no nos contentamos con ménos que con Stagno, Gayarre y Tamagno, los grandes tenores de la época, y eso despues de haber oido á Massini durante tres inviernos consecutivos. Y, sobre todo, hay en nuestro Real una cosa de que carecen los demás reales de Europa, una cosa que en concepto de los españoles vale más que la música y que las divas: los entreactos.

¡Ah, los entreactos del Real!

Suprimidlos, y el coliseo de la plaza de Oriente quedará casi desierto.

Seria como un tabaco sin aroma, como una botella de champagne sin espuma.

Una tertulia sin chismografía y un discurso académico sin censuras.

Un manjar soso sin sal ni pimienta.

Una cosa así como el Congreso de los diputados sin el salon de conferencias.

El arte en el Real es lo de ménos: lo que se canta y se hace en el escenario es un espectáculo accesorio, de segundo orden. El principal, el verdadero espectáculo está en los palcos y butacas, suntuosos nidos donde nacen y se desarrollan los dramas de la *high-life* madrileña entre las exuberantes oleadas de carne que se desborda de los rasgados escotes de los vestidos y el relampaguear insolente de los brillantes medio ocultos en los empolvados cabellos. Aquello es el endiosamiento del ego femenino; la exaltacion y la apoteosis de la miseria humana aderezada por el lujo y servida por la vanidad.

Los que censuran el banquete es porque no pueden sentarse á él. Por eso hablan siempre de indigestiones y recomiendan la frugalidad.

Este público de abajo es para el público de arriba un segundo espectáculo.

El teatro Real cuenta treinta y cinco años de existencia.

Inauguróse el 19 de noviembre de 1850 en celebridad de los dias de S. M. la Reina D.^a Isabel II, que asistió á la grandiosa solemnidad con toda la régia familia, el cuerpo diplomático, la grandeza, y lo más ilustre de la capital de España.

Se cantó *La Favorita* desempeñada por artistas tan eminentes como la Alboni, y los señores Goldoni, Barroilhet y Formes. En los bailables tomaron parte la Fuoco, la Laborderie, y la Cristina Mendez, tres celebridades coreográficas de aquel tiempo.

El teatro Real no es propiedad de los madrileños; pertenece á todos los españoles. Es un juguete comprado con el sudor de las provincias, algunas de las cuales carecian y aún siguen careciendo de escuelas, hospitales y vías de comunicacion, á la flamante villa del oso y del madroño, corazon y cabeza de la madre patria.

La funcion inaugural ha sido magnífica, espléndida.

En el palco régio estaban SS. MM. las reinas doña Isabel y doña Cristina con SS. AA. RR. las infantas doña Isabel y doña Eulalia, y en el de la servidumbre la duquesa de Medina de las Torres y las condesas de Superunda y de Altamira.

Lo más escogido de nuestra sociedad llenaba las demás localidades.

En el paraíso no cabía un alma más. La clase media, ávida de escuchar la música de Meyerbeer, lo había inundado por completo.

Cantábase *Roberto il diavolo*.

Al presentarse Stagno y Uetam fueron objeto de una calurosa ovacion: hombres y mujeres, los de arriba y los de abajo, aplaudían á los dos eminentes artistas que al cabo de algunos años de ausencia han

vuelto á Madrid cargados de laureles. Era imposible imaginar un *Bertramo* más perfecto ni un *Duque de Normandía* más adorable.

El señor Baldini, que es una preciosa adquisicion para la empresa, dió mucho relieve al papel de *Rambaldo*.

¿Y la señora Conti-Feroni? ¿Y la señora Scifoni?

Nos parecieron muy guapas y las tenemos por muy discretas; pero se nos figura que cantaron con mucho miedo.

Y no deben tenerlo.

Ya se lo demostrará el público.

En el Español siguen representándose las obras más culminantes del teatro contemporáneo. A *O locura ó santidad* de Echegaray siguió *El nudo gordiano* de Sellés, y á esta ha seguido *Consuelo*, la obra maestra de Ayala.

Con motivo de la última representacion de *Consuelo* se ha hablado mucho estos dias de su autor, de quien se cuentan muchas originalidades, entre las cuales no es por cierto la ménos curiosa la costumbre que tenia el gran poeta de escribir en verso algunos de sus apuntes.

Uno de ellos es nada ménos que un soneto en el que se describe el argumento del segundo acto de *Consuelo*.

Léanlo nuestras lectoras, que bien vale la pena.

Consuelo vuelve en sí; medita y halla
Que ama á Ricardo y no es correspondida.—
Ricardo siente el alma enardecida
Por la tiple del Real, que le avasalla.—
Bien aconseja Antonia, ó sufre y calla:—
Fulgencio á todos ama, y les convida
A la calma.—Consuelo, inadvertida,
Mete á Fernando en áspera batalla.—
Por picar á su esposo, coquetea
Con el que fué su novio.—Este vacila,
Y su antigua pasion se enseñoorea....
Tras la borrasca, viene la tranquila
Apariencia.—Fulgencio se recrea,
Y la infeliz Antonia se horripila.

El teatro de Apolo, que acaba de abrir sus puertas al público en la presente temporada, podria llamarse con justicia el teatro de las mujeres bonitas y de las actrices de talento, porque allí están María Tubau, Sofía Alverá, Matilde Rodriguez y Josefa Guerra. ¡Qué delicioso cuarteto! ¡Lástima que no se pueda formar otro igual de actores! Pero con los que en este teatro actúan sólo es posible organizar un cuerpo de coros en el cual Mata lleva la voz cantante. De modo que las representaciones, en la parte encargada al sexo fuerte, resultarán arias coreadas.

Mas hablemos de la funcion inaugural.

La sala estaba completamente llena: no se veia una localidad desocupada.

Ante copioso y brillante concurso empezó, pues, la representacion de *La escuela de las coquetas*, uno de aquellos arreglos que valió tanta prez á Ventura de la Vega como sus obras originales, estrenado hace cuarenta años en el teatro del Príncipe con extraordinario éxito por Matilde Díez, Josefa Palma, Jerónima Llorente, Julian Romea y García Luna.

Nada ha perdido la obra á pesar de haber trascurrido casi medio siglo desde que fué escrita, lo cual prueba que lo bueno es siempre bueno.

María Tubau desempeñó su papel admirablemente y bien podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que no hay quien la supere en la interpretacion de ese género que los franceses llaman *alta comedia*. Su figura esbelta y aristocrática, sus modales graciosos y distinguidos, y su talento artístico de primer orden hacen que se la considere como la estrella sin rival de nuestra escena cómica.

Y luego ¡qué modo de vestir! Tres trajes sacó durante la representacion de la obra, uno en cada acto, y los tres á cual más bonito y elegante.

—¿Cuál le gusta á V. más?—preguntaba una encofetada dama á su vecina de palco, al terminarse la comedia, refiriéndose á aquellos tres figurines, tipos acabados de la moda.

—Los tres,—contestó la interpelada.

Despues de la Tubau, los aplausos de la noche fueron para José Mata y Josefa Guerra.

Mata, que ha estado ausente de Madrid por espacio de diez años, nos sorprendió agradablemente. Dice y hace con una naturalidad á que por desgracia estamos muy poco acostumbrados. Su escuela de declamacion es de las mejores, si no la mejor de todas. Hizo un *D. Valentin Rompelanzas* admirable; empero para juzgarle con acierto debemos esperar á verle en otras obras.

Cuanto á Josefa Guerra, nada puede envidiar á la Llorente en su papel de *marquesa*. Así, al ménos, lo aseguraban los contemporáneos de Ventura de la Vega, que asistieron al estreno de *La escuela de las coquetas*.

Mucho ha tardado Apolo en emprender su campaña teatral; pero tal vez de él pueda decirse aquello de que *los últimos serán los primeros*.

La sociedad de conciertos que actualmente preside el ilustre *amateur* Sr. Conde de Morphy, nos promete una muy grata novedad para esta temporada.

Aquellas admirables funciones musicales que hace años siguen con delicia los verdaderos aficionados al divino arte, no se celebrarán ya en primavera, sino que tendrán efecto todos los domingos de invierno por la tarde, á partir del presente mes, en el teatro Real y á precios muy módicos.

El local, como se ve, no ha podido ser elegido con más acierto ni puede ser más grato á los habituales concurrentes á estas fiestas líricas. Todos ellos tienen muy aprendido el camino, y no tendrán más que seguir de dia el que hasta ahora han seguido de noche.

Es ya casi seguro que Don Eduardo Benot ocupará en la Academia de la Lengua el sillón que la muerte de Don Ramon Necedal dejó vacío hace tres ó cuatro meses.

La eleccion, esta vez, no pudo ser más acertada.

El Sr. Benot, además de figurar en primera línea en el campo de la ciencia, es un literato distinguidísimo y un profundo filósofo y sobre todo conoce á fondo el hermoso y poco trabajado idioma de Cervantes, lo cual es bastante raro entre los inmortales de la calle de Valverde.

El dia de difuntos no es en Madrid tan triste como nos le pintó el célebre Fígaro. En las grandes capitales, donde la lucha por la vida es más feroz que en los pueblos, las solemnidades religiosas pierden su carácter de primitiva pureza y hasta la muerte pasa como inadvertida.

Parecia natural que el dia de difuntos, despues del cólera sobre todo, fuese de luto para los madrileños.

Pues, no señor: aquí lo hemos celebrado comiendo y bebiendo vino.

La tarde la hemos dedicado mentalmente á los muertos.

Y por la noche ¡á ver *D. Juan Tenorio*!

Porque es de saber que, á pesar de todos sus defectos é inverosimilitudes, este drama del inmortal Zorrilla sigue siendo la obra predilecta del pueblo español y especialmente del pueblo madrileño. La muchedumbre acude á sus representaciones con el mismo entusiasmo con que asiste á las corridas de toros. Todos los años en esta época el burlador de Sevilla roba durante tres ó cuatro noches en los teatros de España trescientas ó cuatrocientas veces á Doña Inés, y otras tantas mata á traicion al Comendador descerrajándole un tiro por la espalda, y convida á cenar á los muertos; y sin embargo el público no se cansa, no se aburre, sino que aplaude siempre el sacrilego rapto, el cobarde asesinato y el impío convite como si los viera por primera vez.

Y es que para la mayoría de los españoles Don Juan Tenorio aparece como la personificacion del valor que todo lo atropella, del vicio que todo lo profana, de la voluntad salvaje ante la cual no se levanta mas valla que la de la muerte. Y todo esto sin guardia civil ni *Abanico*. Don Juan roba, seduce,

asesina impunemente y en castigo de todas esas fechorías se va al otro barrio en compañía de una buena moza, en tanto que sus víctimas el bonachon de Ulloa y Don Luis Mejía se asan bonitamente en las calderas de Pero Botero. Pedir más sería gollería. Por eso el pueblo lo adora; por eso no hay gomoso ni hortera que, al dar rienda suelta á los sueños de su imaginación, no se figure alguna vez subir á los palacios y bajar á las cabañas, con todo lo demás que cuenta y hace el protagonista del drama.

Doña Inés es para las mujeres el tipo ideal del amor sublime, la virtud que regenera al vicio, un ángel que redime á un demonio, un rayo de gloria que inunda de luz las profundidades del infierno. Y todos estos oficios y propiedades halagan en extremo la vanidad del bello sexo.

¿Sabeis porqué los calaveras tienen tanto partido con las mujeres?

Precisamente porque estas creen poder regenerarlos y salvarlos por medio del amor como hace Doña Inés con Don Juan.

—Mira, Elisa,—decía el otro día una madre á su hija,—te prohibo terminantemente que hables con Eduardito. ¡Bonitas son las noticias que tengo de este sujeto!

—Pero, mamá...

—No hay pero que valga. Eduardito es un calavera, un perdido que te haría muy desgraciada.

—Él se enmendará, mamá. ¡Si vieras!... ¡Me quiere tanto!

—Jarabe de pico.

—Y todos los días me promete que en cuanto se case conmigo será bueno, muy bueno.

—La cabra siempre tira al monte.

—No siempre, mamá. El amor puede mucho. ¿No has visto la otra noche en el teatro cómo Doña Inés abre las puertas del cielo á su Don Juan? ¿Por qué, pues, no he de poder hacer yo otro tanto con Eduardito?

¡Cuántas muchachas se habrán preguntado lo mismo!

¡Y qué respuestas tan crueles les habrá dado la experiencia!

No lo duden nuestras lectoras.

Doña Inés de Ulloa ha hecho muchas más víctimas que Don Juan Tenorio.

SIEBEL

LA PÁGINA 115

NOVELA

(Continuación)

—¿Qué tal?... ¡Esto es grande!...

Valentina contestaba con la mayor ingenuidad:

—Es portentoso...

—Tú nunca pudiste sospechar lo que aquí dentro bulle...

Y el *geómetra* golpeaba su frente con la mano.

—Ni por pienso, como que nada me habías insinuado... A mí me bastaba saber que eras un hombre honrado y jamás pasó por mí la idea de que fueras un hombre sabio.

—Ni nadie se ha apercibido de ello hasta ahora; pero descuida, cuando mi invento será conocido, se me hará justicia.

—Pues debes procurar darlo á conocer cuanto antes sea posible.

—Eso procuro; pero existe un grave inconveniente.

—¿Un inconveniente?...

—La falta de fondos para construir el modelo de mi máquina.

—¿Por qué no solicitas el apoyo del señor Hernández?... Tiene fama de ser muy amigo y protector de sus trabajadores.

—Pues esa fama es usurpada; yo puedo asegurarlo.

—¿Te has dirigido á él?

—Me he dirigido y se me ha negado,—contestó Morillo, con acento que hartó traducía su despecho por el antiguo desaire.

—¿Será posible!...—dijo Valentina, con la candidez propia de quien no entiende poco ni mucho de nego-

cios.—Entonces, esposo mío, ¿quién sabe si tu invento no es cosa tan buena como supones?

—¿Buena, dices?... ¡Excelente! ¡asombrosa!...—exclamó el obrero, ofendido en su dignidad de inventor por aquella duda de su esposa.

—Entonces, será que no la comprendiera...

—Muy mal hecho: el dueño de unos talleres como los del señor Hernández, no tiene derecho para no comprender una cosa tan sencilla que tú misma, enteramente profana, has comprendido al momento.

—¡Comprendido! Lo que yo he hecho es dar completo crédito á todo lo que me has referido, nada más. Pero cuando un hombre entendido como el señor Hernández no secunda tu invento, es posible que éste no tenga el mérito que tú supones. Si así fuese, créeme, no pierdas el tiempo persiguiendo una quimera, un sueño; porque lo que este sueño nos traiera, sin duda alguna, no serían los millones con que me deslumbraste hace poco, sino la miseria, la más espantosa miseria.

Morillo inclinó tristemente la cabeza y desde aquel día ni una palabra más dijo á su esposa referente á aquella máquina que sin cesar bullía en su mente. Y por cierto que si Catalina dedujo de ese silencio que su marido había renunciado á su empeño, se equivocó grandemente, pues no sólo persistía en él con la tenacidad propia de los inventores, sino que sus preocupaciones y estudios se habían agravado con otro problema no menos árduo que el del freno de seguridad, el del aprovechamiento del vapor perdido durante la marcha de los trenes.

A pesar de todo, Catalina no profirió la más mínima queja cuando, á los pocos días de la escena que hemos referido, su esposo volvió á las andadas con cuadernos y modelos, ejercicio que consideraba ser una distracción del gusto de Morillo, después de emplear el día en las rudas faenas del taller.

Trascurrieron algunas semanas, y los compañeros de trabajo del *geómetra* observaron que éste era menos puntual y más desigual en el cumplimiento de sus deberes, hasta el punto de faltar al taller todos los lunes, como lo hacen muchos obreros que no están demasiado bien avenidos con sus intereses. Catalina no extrañó por de pronto esta última circunstancia: creía que su marido, fatigado del trabajo de la semana, se daba el lunes un descanso necesario; pero la resignación dió lugar á la tristeza cuando, á medida que aumentaban los días de asueto, disminuían los ingresos en el fondo del gasto de la casa, lo cual destruía todos sus cálculos y combinaciones de buena ama de gobierno. Esta cruel observación la decidió á interpelar, aunque con mucha timidez, á su marido.

—Pedro,—le dijo,—desde que trabajas menos días á la semana, he de gobernarme con mucha pena para atender á nuestros gastos mas precisos.

—¿Tienes noticia de algun obrero del taller Hernández que deje de hacer asueto los lunes?...—contestó simplemente Morillo.

—Antes de ahora tenía noticia de alguno de esos obreros modelo; eras tú, Pedro mío. ¿Por qué has variado de conducta, cuando tan buena era la de antes de ahora?

—Porque no era bien vista de mis compañeros de taller...

—Menos malo,—se atrevió á decir Catalina,—si al fin y á la postre se tratara solamente de un jornal menos á la semana; pero á esta pérdida se añade que los lunes es cuando compras más libros, más estampas, más cosas inútiles...

—Algo más gastaría ese día,—contestó Pedro con desabrimiento,—si lo pasara en el merendero, como hacen mis camaradas.

Catalina contempló á su marido con tristeza, y sin dirigirle el menor reproche, paseó arriba y abajo de la estancia á su llorosa hija.

Aquella fué la primera piedra lanzada por la discordia en la superficie, hasta entonces tranquila, de aquel lago doméstico.

Cada vez más dominado por el demonio de los inventos, á medida que Morillo perdía más noches para resolver el suyo, trabajaba más débil y torpemente en su oficio: sus ojos se fueron hinchando á fuerza de velar, y la sangre afluí con tanta violencia á su cerebro que en algunas ocasiones llegó á temer que el cráneo le daría un estallido. Perdió, por añadidura, el apetito, agrióse su carácter hasta resentirse su trato con los demás obreros, y de modelo que era

algun tiempo ántes, se convirtió en el peor trabajador de la fábrica de Hernández. Como es consiguiente, el contraaestre hubo de dirigirle algunas reprimendas; más tarde el pagador se vió obligado á hacerle frecuentes descuentos por material echado á perder por falta de cuidado en la mano de obra, y paso á paso, á la holgura del hogar doméstico sucedió la estrechez, á la estrechez la necesidad, á la necesidad la terrible miseria. Vino el invierno y Catalina carecía hasta de abrigo; su tierna hija temblaba á menudo de frío.

La apenada madre, que hasta entonces lo había soportado todo con la mayor resignación, creyó del caso hablar con firmeza, hasta con violencia. Trabajo inútil... En vano reclamó, no para ella sino para la inocente Valentina, la parte de felicidad que le había sido prometida por su esposo, parte de felicidad que durante cuatro años había ido disminuyendo día por día hasta convertirse en aquel insuperable dolor del que recuerda los buenos tiempos en los tiempos de desgracia... ¡Todo en vano!... Entonces, no maldijo precisamente á su marido, pero sí la hora en que el sacerdote bendijo su malhadada unión.

Esta desgarradora escena exasperó á Morillo y le predispuso mal para oír con calma las reconvencciones que diariamente tenían que dirigirle sus superiores. La cuerda tenía sobrada tensión para que dejara de romperse. Una observación justísima, un reparo motivado puesto á su trabajo, fué la causa determinante de lo inevitable. Cuando Morillo regresó á su casa, anunció á su esposa que había sido despedido del taller Hernández.

—¡Qué va á ser de nosotros!...—exclamó Catalina aterrada.

—No te inquietes,—contestó Pedro,—encontraré trabajo en otras partes... Y sobre todo, dentro de ocho días, ocho días de paciencia te exijo tan sólo, habré terminado mis estudios sobre el aprovechamiento del vapor perdido para la calefacción. Tranquilízate... Renunciaré á explotar por mi cuenta el invento; venderé el privilegio á uno de los muchos que vendrán á solicitármelo. Ocho días, nada más que ocho días de estrechez, y nadaremos en la abundancia.

—¡Sea por los ocho días!...—dijo Catalina, harto abatida para discutir con su esposo.

Quince días después, el último colchón y la última sábana del hogar del *geómetra* iban á reunirse con sus antiguos compañeros en la horrible cueva de una vergonzosa casa de préstamos.

III

LA CATÁSTROFE

Algun tiempo después de las escenas que hemos referido al final del precedente capítulo, la pequeña Valentina enfermó gravemente. Era esa niña el consuelo, la alegría, la única dicha de su madre, desde que Morillo, absorbido completamente por sus inventos, había prescindido por completo de cuantos afectos y aún de cuantos deberes tenía contraídos en este mundo. Desde el principio de la enfermedad de Valentina, su amante madre, fuese por vulgar preocupación ó fuese por falta de recursos, lo cual es más probable, había acudido á los remedios de una curandera muy célebre en el barrio; mas la intensidad del mal y la mayor gravedad diaria de la paciente dieron al traste con la ciencia de la pretendida doctora y llamaron á la triste realidad la conciencia de la desventurada Catalina.

Una mañana en que Pedro se disponía á continuar sus elucubraciones cotidianas, un profundo suspiro salido del pecho de su esposa, que no se separaba del lado de Valentina, le obligó á dirigir la mirada hácia el interesante grupo formado por madre é hija, á las cuales contempló largo rato con cierta expresión de extrañeza, como pudiera hacerlo al despertar de un prolongado sueño. De pronto levantóse bruscamente, hizo un desordenado montón con los volúmenes y libretas esparcidos encima de su mesa, y arrojólo con despecho al fondo de un armario, que cerró luego con violencia en él no acostumbrada.

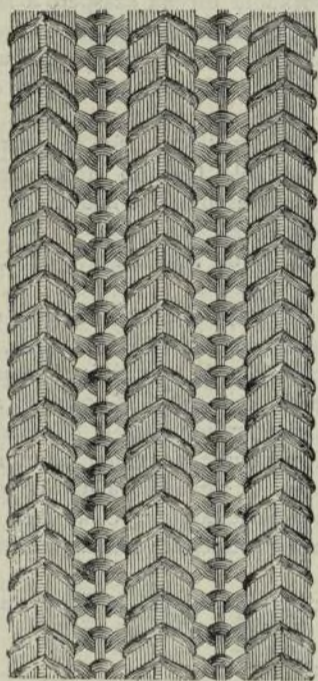
—Es fuerte cosa,—dijo Catalina,—que ni suspirar pueda una sin incurrir en tu desagrado.

—Sí, es verdad, mucha verdad,—contestó el obre-

ro,—estoy furioso; pero no contra tí, pobre víctima de mis ilusiones, sino contra mí propio, que no tengo perdon de Dios. Harto lo veo, soy un mal marido, un padre cruel... Tarde lo conozco, pero nunca es tarde para la enmienda. Nunca te oí suspirar como has suspirado hace un momento; pero ese suspiro ha sido para mí un rayo de luz. Ahora veo claramente en mi conducta... Si tú sufres, mi buena Catalina, si nuestra hija está enferma, es porque yo os he privado hasta de lo necesario. Corro como un desatinado en pos de un tesoro que para vosotras apetezco, y en mi locura me olvido de que os dejo perecer de hambre á mi lado. ¡Miserable de mí! ¿Quién me ha metido en la cabeza que he de ser un inventor célebre, pudiendo ganar honradamente con mi rudo trabajo el pan de mi mujer y de mi hija?...

Catalina, que hacia mucho tiempo que no oyera expresarse á su marido de una manera tan razonable, echó á llorar enternecida y abrazándole con efusion le dijo:

—No tengas de tí tan mal concepto, Pedro de mi alma. Tú buscarás trabajo de tu oficio, en que tan diestro eres, y volveremos á ser felices como ántes.



20.—Bolsa para labor (detalle)

—Lo buscaré, te lo juro; lo buscaré hoy mismo, en seguida.

Y sin desprenderse de los brazos de su mujer, la condujo junto á la cama de Valentina. La pobrecita estaba tan débil, tan extenuada, que cada suspiro que salía de sus labios parecía el último hálito de aquella existencia aniquilada. Un violento acceso de calentura teñía de carmin sus mejillas, generalmente pálidas, y animaba excesivamente sus ojos, por lo comun sin fulgor alguno.

—Voy por la curandera,—dijo Morillo alarmado.

—No es cuestion de curandera,—contestó Catalina más alarmada aún,—sino de un médico entendido. Nuestra Valentina se muere por momentos.

—Corro, pues, en busca de un médico, y en cuanto tenga la seguridad de que ha de visitaros sin pérdida de tiempo, iré de taller en taller en demanda de trabajo para mí.

Y esto diciendo, Morillo se puso la chaqueta, cubrióse, besó con verdadera efusion á Valentina y se echó á la calle.

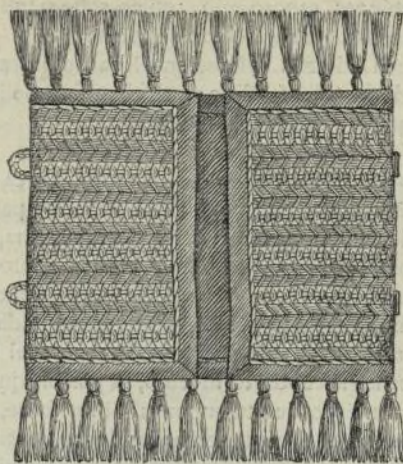
Trascurrió una hora, luego otra hora... La enfermita se iba agravando sin cesar; su desolada madre la apretaba contra su seno, como si calentándola en su regazo detuviera el curso de la terrible enfermedad.

Por fin vino un médico... Examinó detenidamente á la niña, hizo un gesto poco tranquilizador, escribió una receta, y sin responder al sinnúmero de preguntas de Catalina, dijo con firmeza:

—Vayan á la botica inmediatamente, traigan esta medicina y désele á la enferma una cucharada cada media hora. Volveré más tarde. Sobre todo urgencia, mucha urgencia... Minutos de retardo pueden ser mortales.

Después de lo cual, saludó ceremoniosamente y salió de la estancia.

Catalina no podía ir á la farmacia por no dejar sola



19.—Bolsa para labor

á su hija. Afortunadamente una vecina bachillera que se entró de rondon para enterarse de la opinion del facultativo, preguntó caritativamente:

—¿Si puedo ser útil á V. en algo!...

—Mucho que puede V. serme útil,—contestó Catalina,—lléguese V. volando á la botica y tenga la bondad de traerme esta medicina.

La buena mujer tomó la receta, descendió los cinco pisos con toda la rapidez que le inspiraba su buen deseo, y á los pocos minutos estaba de regreso.

—¿Trae V. la medicina?—dijo Catalina tendiendo la mano.

—No, señora,—respondió la recadera,—el farmacéutico no ha querido despachármela si no se la pagaba de antemano.

Catalina palideció de repente.

—¿Y cuánto pide por ella?—preguntó temblando.

—Veinticuatro reales.

La palidez de la pobre madre se convirtió en el blanco amarillento de la muerte.

—¿Veinticuatro reales!—exclamó.—¿Veinticuatro reales cuando no he tenido para llevar pan á mi marido!...

Y cayó anonadada en una silla.

Hubo un momento de silencio, durante el cual únicamente se percibió el estertor de la enferma.

—¿Si tuviese V. algo que empeñar!—se permitió decir la vecina.

—¡Nada,—contestó con voz pavorosa Catalina,—ni una joya, ni un abrigo, ni una hilacha!

Reinó de nuevo el silencio, interrumpido esta vez por un gemido de Valentina, que produjo en el corazón de su madre el efecto de un puñal agudísimo.

—¡Hija mía!—clamó desesperada.—¡Se muere, se muere sin remedio!... El doctor lo ha dicho: minutos de retardo pueden ser mortales.

(Se continuará)

PENSAMIENTOS

El trato que se ajusta para acometer un crimen, lo romperá otro crimen.—*Seneca.*

La verdadera felicidad consiste en hacer aquello que es propio y digno de un hombre. Ahora bien, lo propio y digno de un hombre es amar á su prójimo, no dejarse dominar por los apetitos materiales, distinguir lo verdadero de lo falso y contemplar las maravillas de la naturaleza.—*Marco Aurelio.*

Un semblante que respira dulzura parece que ha de corresponder á una persona de carácter esencialmente dulce. Cuando resulta que no es así, se nos figura una verdadera traicion que no nos sentimos dispuestos á perdonar.—*S. A. Berville.*

La justicia es la caridad conforme á la sabiduría. La sabiduría es la ciencia de la felicidad. La caridad es el amor universal.—*Leibnitz.*

Para admirar y alabar con toda pureza cuanto es digno de admiración y de alabanza, se necesita un alma sensible á cuanto es bello, excelente, elevado; una rectitud capaz de hacer justicia seca á despecho de toda obligacion positiva; un corazón superior á todas las humanas flaquezas y un amor que rinda ferviente culto á la belleza moral de los demás.—*H. Corne.*

Si quereis que os tengan por santos, educad convenientemente á vuestros hijos, pues todas sus virtudes os serán computadas como propias.—*Axioma persa.*

Los hombres han hecho de la suerte una especie de diosa á fin de poder colgarla el milagro de sus torpezas.—*Mad. Necker.*

La fortuna no cambia á los hombres; lo que hace es desmascararlos.—*Mad. Riceboin.*

¿Quieres ser libre como lo fueron Diógenes y Sócrates? Pues hazte cuenta de que la ley está por encima de todo y amolda todos tus actos al cumplimiento de la ley.—*Epicteto.*

PASATIEMPOS

SOLUCION DE LOS DEL NÚMERO 48

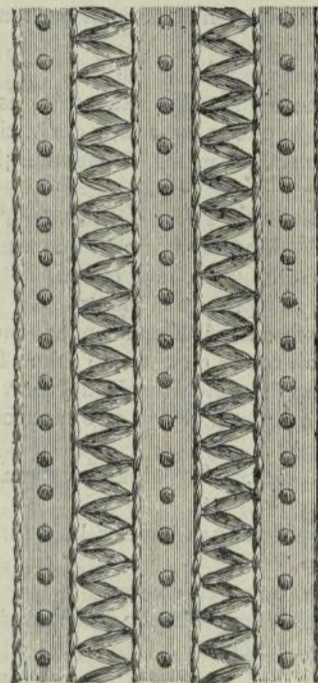
Enigma.—El corsé.

Cuadrado

P E R N I L
E L O I S A
R O D E A N
N I E P C E
I S A C A R
L A N E R O

Semblanza histórica.—La hija de Jefe.

Charada.—Taravilla.



21.—Bolsa para labor (detalle)

ACROSTICO SENCILLO

P L M T L B
I E A R O I
O N A N O N

Sustitúyanse los puntos con las letras que forman el apellido de un marino célebre, y de modo que las líneas verticales formen palabras completas.

SIMILES

¿En qué se parecen las muelas á los reyes?

¿Y las ruedas al sol?

¿Y los libros á los cerdos?

¿Y los dedos á los ejércitos griegos?

¿Y la boca á los molinos harineros?

SEMBLANZA HISTORICA

Jóven cándida, inocente
Y dotada de instruccion,
Dí oídos á la pasion
De un profesor vehemente.
Mas á un sagrado pariente
Causó un rencor tan profundo
Nuestro enlace, que iracundo
A mi esposo mutiló,
Y en un claustro terminó
Mi vida, lejos del mundo.

CHARADA

Es mi primera un pronombre;
La dos siempre desagrada;
De la tres, ha dicho un sabio
Que es un camino que anda;
Y el todo es un apellido
Famosísimo en España.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMON.